

Las diferentes clases sociales en el campo del delta egipcio según la novela al-Ḥaram (Lo inviolable), de Yūsuf Idrīs.

Milagros NUIN

Esta obra, escrita en los años cincuenta, refleja admirablemente, con sinceridad y osadía para su tiempo¹, la situación de la sociedad rural del Bajo Egipto poco antes de la revolución de 1952. Para estas fechas, Yūsuf Idrīs ha alcanzado cierto grado de madurez en su labor de escritor, y su estilo, conciso y directo, sirve a la perfección para representar la realidad con gran frescura. Además, la utilización del coloquial egipcio en los diálogos de los campesinos, junto con alguna palabra popular intercalada en el texto literario, impulsa al lector a aproximarse a éste y sentirse solidario con los personajes.

El desarrollo de la acción divide la novela en dos partes fundamentales: la primera, que describe la sorpresa y repulsa de la gente de una aldea ante el hecho de encontrarse con un recién nacido muerto, y la segunda, que relata las circunstancias de la madre del niño, todos los pasos que dió hasta que llegó a matar de angustia, casi inconscientemente, a su hijo, así como el cambio gradual de actitud de los vecinos de la aldea que pasan de acusadores a protectores y encubridores de la mujer adúltera y asesina de su hijo.

En opinión del crítico Gālī Šukrī, se pueden rastrear los presupuestos del realismo socialista en dos puntos concretos, como son el excesivo cuidado por los grupos de trabajadores del pueblo, y el convencimiento de que el bien está siempre presente en el fondo de la gente². Y de todas las maneras, está fuera de dudas que la intención del escritor al crear esta obra ha sido principalmente didáctica y moralizadora. Junto a la descripción de la penosa situación de los trabajadores temporeros procedentes de las zonas deprimidas de las provincias de Al-Garbiyya y Al-Munūfiyya, está el objetivo principal que es demostrar que el crimen cometido por la protagonista 'Azīza tiene una justificación posible, y que unas gentes gobernadas por unas leyes sociales implacables, en un momento determinado, pueden olvidarse de ellas, y mostrarse misericordiosos con los que a sus ojos han caído. Desde este punto de vista, se puede decir que Yūsuf Idrīs es uno de los primeros escritores que hace del campesino egipcio y de su vida, un tema de escritura serio y respetable³.

¹ Yūr'y Sālīm, *al-Mugāmara al-riwā'iyya. Dirāsāt fi-l-riwāya al-'arabiyya* (La aventura novelística. Estudios sobre la novela árabe), Manšūrāt ittiḥād al-Kuttāb al-'Arab, Damasco, 1972, p. 64.

² Gālī Šukrī, *Azmat al-ŷins fi-l-Qiṣṣa al-'Arabiyya* (La crisis del sexo en el cuento árabe). HMAṬN. Al-Qāhira 1971, p.265.

³ Jayrī Šalabī. "Al-Maḍmūn al-Iŷtimā'ī 'inda Yūsuf Idrīs" (El contenido social en Yūsuf Idrīs). *Al-Fikr al-Mu'aṣir*, El Cairo, 1967, p. 65.

Los personajes de la novela son muy numerosos, y el escritor los trata exteriormente, rasgo que muy bien se podría generalizar a casi toda su obra. Los vemos moverse, hablar, pero no sabemos cómo son en su interior. Incluso de la protagonista 'Azīza, que es de la que más datos proporciona al lector, podemos decir que se la ve actuar arrastrada por unos instintos elementales -el instinto sexual, el maternal, el de supervivencia, etc.- pero no se sabe en realidad qué rasgos conforman su carácter o qué sentimientos hay detrás de sus actos, si es que los hay. Es como si una fuerza superior a ella la empujase en todos los acontecimientos más importantes de su vida, sin poder hacer nada por desviarlos y apartarlos de sí.

El capítulo final de la novela, que añadió posteriormente el autor, y en el que parece querer atar apresuradamente todos los cabos sueltos que han quedado en el relato, no ayuda en nada a aligerar su carácter didáctico⁴, sino que en parte estropea el resultado final.

En *al-Haram* tenemos representados todos los grupos sociales que se dan en el mundo rural de ese momento, ocupando cada uno de ellos una posición diferente en su entorno físico, más o menos privilegiada, según su grado de acercamiento al centro del que emana el poder, como se ve claramente en el siguiente párrafo:

"El distrito estaba constituido por aldeas y cada una de ellas no contaba con más de treinta casas. El niño había sido hallado en el canal de la aldea grande, que se levantaba al lado de la mansión de los dueños de la tierra y de la dirección, donde estaban los establos, el granero, los almacenes y los garages para las máquinas"⁵.

Entre los grupos más destacados que se citan en la novela están:

- 1.- Los grandes propietarios rurales absentistas.
- 2.- La clase media administradora.
- 3.- Los propietarios medios.
- 4.- Los pequeños propietarios y arrendadores, a los que el autor llama *al-Muzārī'ūn* (agricultores).
- 5.- Los desposeídos o trabajadores temporeros, *al-Tarḥīla*.

1.- La tierra pertenece en su mayor parte a una minoría de gente que no se ocupa más que de sacarle el mayor provecho posible, y que tiene un contacto muy esporádico con el medio rural. Los dueños solamente se acercan al campo una o dos veces al año para recoger los beneficios. Además, no suele existir ningún lazo sentimental entre los propietarios y sus propiedades, que

⁴ Šafī' al-Sayyid, *Itiḥāḥāt al-riwāya al-Miṣriyya* (Las tendencias de la novela egipcia), Dār al-Ma'ārif, El Cairo, 1978, p.216.

⁵ Yūsuf Idrīs, *al-Haram* (Lo inviolable), Maktabat garīb, El Cairo, 1977, p.13.

van pasando de mano en mano, en este caso de la "Princesa" al "Jawāyā", que tiene conexiones directas con la monarquía, sin que cambie para nada el sistema de explotación, ni la gente que trabaja la tierra.

El "Jawāyā" es un personaje temido por todos los campesinos, pues de su boca, o salen órdenes, o un silencio aún más temible. Se diferencia del resto de la gente que lo rodea en varios aspectos, y el hecho de poseer unos rasgos físicos diferentes (tez blanca, pelo claro...) lo define como perteneciente a la minoría de origen turco y extranjero que en ese momento domina el país. El escritor hace notar que es alto y fuerte, "resultado de una buena alimentación"⁶, viste camisa, pantalón y sombrero blanco, mientras los campesinos llevan sus chilabas, y cuando pasea por el campo, lo hace montado en un caballo especial para este menester, que le sirve de vehículo y para marcar la diferencia de clase y de posición social entre él y los campesinos que lo rodean, yendo sentado en su montura como "una estatua muda"⁷.

Los únicos rasgos familiares de esta clase social que muestra Yūsuf Idrīs en la novela son: que el Jawāyā Zagīb es hijo de otro rico terrateniente, y que está casado con una francesa de la que no tiene hijos, y de la que no puede divorciarse porque es católico y su religión no lo permite, algo inaceptable para los campesinos. A sus ojos, esta pareja aparece en la lejanía como si fuesen unos personajes de fábula, que hablan francés, lengua extraña al país, y que carecen, a pesar de su riqueza, de lo máspreciado para las gentes del lugar, que es tener unos descendientes para dar sentido a sus vidas y heredar sus posesiones.

Se les atribuyen unas riquezas inconmensurables, y, al "Jawāyā", numerosas aventuras amorosas y amantes que lo resarcan de su esterilidad. Como se puede comprobar en las palabras siguientes, la imaginación de los campesinos no tiene límites para enumerar los bienes de sus amos:

"Se decía que en el palacio que tenía a la orilla del mar en Sīdī Bašar, cerca de Alejandría, había un salón hecho de oro puro, con las sillas forradas de oro, los platos, las cucharas, los tenedores y los cuchillos de oro. Contaban que lo había comprado Zagīb el viejo, cuando invitó a comer al Rey, entonces Sultán. Y aún decían más, que el hijo había venido a menos después de la muerte del padre, que había vendido las propiedades a una Compañía agrícola belga, y que después les había alquilado las tierras y las administraba para ellos. Esta era una versión, pero según otra, un millonario de la provincia, al-Aḥmadi Bāšā, estaba pensando en comprar y había entrado en tratos con el Jawāyā y la Compañía. A la gente todo esto le parecía incomprensible, pues este Bāšā

⁶ *Ib.* p. 93.

⁷ *Ib.* p. 94.

había sido cargador en un almacén de arroz antes de la guerra, había comerciado, se había enriquecido y había comprado el almacén. Además había conseguido obtener graneros, edificios y miles de guineas amontonadas en los bancos. Y ahora pensaba adquirir las posesiones de la princesa, y lo peor de todo es que se rumoreaba que estaba dispuesto a pagar el precio al contado"⁸.

El autor analiza el estado de un grupo social que está a punto de desaparecer de un mundo en el cual la única función que desempeña es la del parásito que vive suntuosamente y se alimenta en su propio beneficio sin mayor consideración. La esterilidad en las relaciones afectivas y familiares es su rasgo más característico, así como en lo económico es el parasitismo.

Ahora bien, Yūsuf Idrīs no se muestra demasiado optimista al presentar al nuevo propietario como a un personaje salido de la nada a fuerza de falta de escrúpulos, y que tal vez su única ventaja respecto al anterior es que es completamente egipcio.

2.- La clase media rural está representada por un pequeño grupo de familias que viven también a expensas de este sistema feudal, y que tienen la función de servir de intermediarios entre los propietarios y los campesinos. Mientras los terratenientes están ausentes, administran la explotación en su nombre, y, si están presentes, obedecen sus órdenes puntualmente. Sólo temen al propietario del que penden como de un hilo, pues es quien les proporciona vivienda a ellos y a sus familias, además de trabajo. Su proximidad al poder les confiere una situación social ventajosa con relación a los campesinos, a los que consideran inferiores.

Entre los representantes de este grupo en la novela, se encuentran:

a.- La familia del capataz, Fikrī Effendī, que está compuesta por él, su mujer Umm Şafwat, y su único hijo Şafwat.

b.- La familia del jefe de los contables Masīḥa Effendī, con su esposa 'Afīfa, tres hijos y una hija.

c.- El contable Aḥmad Sulṭān que vive solo, y juega el papel de galán del lugar.

Todos los personajes pertenecientes a este grupo tienen unas normas de comportamiento similares, como por ejemplo el cuidado por las formas exteriores, las apariencias y la ropa. Los hombres ponen especial empeño en mostrar un aspecto pulcro y aseado, y se distinguen desde lejos por el fez. Las mujeres, aunque visten con las mismas ropas negras que las campesinas, tratan de mantener un comportamiento social "distinguido", esto es, no se mezclan con las mujeres de clase inferior, y no se dejan ver demasiado en público.

⁸ *Ib.* p. 95

Como su posición social no está basada ni en el dinero, ni en las posesiones, sino más bien en un precario prestigio coyuntural, quieren que sus descendientes puedan mantenerse en su mismo estatus o bien mejoren de posición recurriendo a los únicos medios disponibles para ellos en ese momento, esto es, los estudios para los muchachos, y un matrimonio conveniente para las muchachas.

Al trabajar en realidad como funcionarios, su actividad no les permite demasiado apego a la tierra o al pueblo donde viven, ya que en cualquier momento tienen que estar dispuestos a cambiar de lugar aunque esto no sea lo deseado por ellos. Tienen que tener el desapego del nómada por los lugares en los que habitan, y la suficiente flexibilidad para, en caso de apuro, poder cambiar de oficio, aunque sólo sea temporalmente.

Tampoco pueden permitirse desarrollar una relación afectiva intensa con la gente, ya que son parte interesada en el conflicto general de intereses entre los diversos grupos sociales, y por consiguiente están de parte de quien les permite su supervivencia, o sea el terrateniente.

Por lo que respecta a las relaciones familiares de los núcleos de este grupo, son similares, aun cuando la primera familia sea musulmana y la segunda copta, con la observación de que en esta novela no se dan coptos en el resto de los grupos sociales. La figura del padre no admite discusión en ninguno de los dos casos, pues es un ser autoritario que más despierta temor que cariño en el resto de los miembros de la familia.

"Cuando Fikrī Effendī quería cerrar un tema de conversación, significaba que, en efecto, había de ser cerrado, pues él era un hombre que no se había casado con una mujer para que compartiera su vida, sino que lo había hecho para que le sirviera. La había elegido dulce, buena cocinera, y sin saber nada de ese mundo extraño que empezaba en las puertas de la casa y estaba lleno de maldad y crímenes. Por esta razón se encontraba ante un gran dilema cuando invitaban a su esposa a visitar la casa de Masīḥa Effendī o venía 'Afīfa y sus hijas a visitarla. Sabía que esas visitas eran una innovación indebida, y la esposa algo especial suyo, a donde no debía tener acceso nadie, ni siquiera las demás mujeres..."⁹.

Yūsuf Idrīs atribuye a los hombres de este grupo un código moral doble, ya que parecen juzgar con dos medidas, una para las mujeres ajenas a su familia, y otra para las propias. Para ellos, todas las demás mujeres de las clases consideradas como inferiores, ya sean campesinas originarias de la propia aldea o mujeres temporeras, pueden estar expuestas en cualquier momento a cometer algún "desliz" sexual, pues suelen trabajar y por

⁹ *Ib.* pp. 79-80.

consiguiente invierten más tiempo fuera de sus respectivos hogares y de la vigilante tutela del varón.

Así también, establecen una diferencia entre el papel que juega el hombre en las relaciones ilícitas, que se consideran respecto a él algo accidental y un mal menor, y el que juega la mujer, para la que es poco menos que una tragedia irreparable.

Este sistema de valores tiene solamente una pequeña fisura, y es cuando no se puede evitar que la duda recaiga como un bumerang sobre las mujeres de la familia propia, y éste es en realidad un grave problema que se extiende, por un momento, amenazadoramente en torno a casi todos los varones de la novela, cuando se encuentran con que cualquier mujer del pueblo puede ser la responsable del niño muerto, por muy respetable que sea.

La duda enloquece a Masiha Effendī cuando ve que sobre su hija también pueden recaer las sospechas. No le interesa ni su estado físico, ni psíquico, lo único que parece preocuparle es que después de un hecho así ya no la podrá casar, y él no podrá seguir viviendo con la cabeza alta entre el resto de sus vecinos. Le perturba más que su hija, por razones de índole moral, sea inservible para cumplir la función que la sociedad le ha asignado -formar una nueva y respetable familia, siguiendo los plazos, vías y normativa de rigor-, que el estado de su salud, y la posibilidad hipotética de que, por alguna enfermedad, tampoco pudiera cumplir la joven con su papel de futura esposa y madre.

El autor hace que ocurran en el pueblo gran cantidad de casos de relaciones ilícitas, como la existente entre la impresionante mujer del cartero y su amante, con quien mantiene una nutrida correspondencia. La historia de estos amores se convierte en objeto de risa para todo el que la escucha, pues el débil cartero es incapaz de divorciarse de su mujer a pesar de tener todas las pruebas en la mano. Y tal vez lo de menos importancia es llegar a tener la certeza absoluta de si todo este cúmulo de relaciones ilícitas pueden ocurrir de forma similar en la realidad. Mucho más valioso es ver cómo Yūsuf Idrīs ha sabido captar la atmósfera en la que ocurren, que es siempre en un estado de semipublicidad, donde todos o casi todos saben, pero hacen como que no saben, sin que nadie se atreva a romper estas tácitas leyes sociales, siendo el silencio y la hipocresía las normas que se imponen sobre las demás¹⁰. Todas estas historias sirven de contrapeso al núcleo de la narración, al crimen de 'Azīza, y en última instancia demuestran que ninguno de los acusadores está libre de pecado.

3, y 4.- Yūsuf Idrīs trata muy de pasada las condiciones económicas y sociales de estos dos grupos, aunque es de suponer que las de los agricultores medios serán parecidas a las del grupo anterior pues aquéllos son descendientes

¹⁰ Ali B. Jad, *Form and Technique in the Egyptian Novel 1912-1971*, Middle East Center, Londres, 1983, p. 270.

de agricultores medios que han dado ciertos estudios a sus hijos. Dos años antes de publicar *al-Haram* (Lo inviolable), en 1957, sacó a la luz Yūsuf Idrīs una obrita de teatro *Mālik al-Quṭn* (El amo del algodón) en la que por primera vez trataba de una forma exclusiva las relaciones entre los propietarios agrícolas medios y los arrendadores. Aquí la familia de Al-Ṣunbāṭī es rica en relación a la del pobre Qamḥāwī que no tiene más que sus manos para trabajar, pero no está libre de las presiones de los grandes compradores de algodón. Las relaciones interfamiliares no se diferencian demasiado entre ambas familias, sin embargo, los hijos del rico, a los que les han puesto nombres de polítics egipcios famosos como Muṣṭafā Kāmil y Sa'd Zaglūl, serán los únicos que puedan escapar a este estrecho círculo ya que tienen la oportunidad de acceder a unos estudios.

En *al-Haram* vemos que la situación económica y laboral de los pequeños propietarios y arrendadores es mejor que la de los temporeros. Los más ricos tienen hasta tres pares de búfalos y los más pobres sólo un azadón, pero el trabajo del campo está aliviado por máquinas de riego y de cultivo, y al menos no tienen que emigrar. A pesar de que la mayor parte de las ganancias se las lleva el terrateniente, y los arrendadores sólo tienen derecho a un tercio de la cosecha, a estos últimos les llega lo justo para sobrevivir de cosecha en cosecha, sin demasiados excesos. Y en última instancia, siempre existe el recurso a los préstamos.

Cuando se casan las mujeres de este grupo, aportan equipos que se consideran muy aceptables: cama, armario, platos de porcelana, y a veces máquina de coser.

5.- Los temporeros constituyen el grupo más numeroso e importante de la novela, y en ellos se centra la atención del escritor. Son los trabajadores estacionales que proceden de las provincias más pobres del Delta, Al-Munūfiyya y Al-Garbiyya, donde la presión demográfica y la indigencia obliga a la gente a emigrar. El autor no ahorra detalles para describir cómo son transportados como animales en camiones, los hombres, las mujeres, los niños y las niñas, hasta llegar a las plantaciones de algodón del resto de las provincias relativamente más favorecidas del Delta, e incluso del Egipto Medio. Además, las condiciones de trabajo no son nada cómodas, pues es en pleno verano cuando empieza a desarrollarse la plaga del gusano de algodón. Entonces se necesita mano de obra abundante y barata para limpiar las plantas, todavía verdes, de estos voraces gusanos que se refugian en el envés de las hojas, allí donde no llegan los insecticidas. Se necesita, pues, mucha rapidez y exactitud, y quemar a continuación todas las hojas afectadas.

Yūsuf Idrīs, buen conocedor de la sociedad rural del Delta de estos años, va apuntando y analizando en su novela todos aquellos aspectos que diferencian a los temporeros del resto de los campesinos de la aldea, y cómo se les obliga a ocupar un lugar apartado para que no se mezclen con estos últimos. Por otro lado destaca el empeño de los campesinos en no concederles rasgos individuales y en verlos como una masa homogénea de gente -les

llaman irónicamente "hormigas"; se burlan de su forma de hablar pues, como en el sur de Egipto, pronuncian la "qāf" como la "yīm" a la manera clásica; y los capataces los tratan en el trabajo como si fueran bestias, arreándolos con una varita de bambú para que se apresuren-.

Los únicos rasgos realmente diferenciadores son las huellas dejadas por la pobreza en los más desposeídos, como son la desnutrición, las caras y manos quemadas y agrietadas a la intemperie, las ropas viejas, llenas de agujeros, utilizadas indistintamente por hombres y mujeres, que las toman prestadas unos de otros, etc. Y en la segunda parte de la novela, cuando el escritor se acerca al personaje de 'Azīza, queda bien claro que no existen grandes separaciones ni entre costumbres, ni entre formas de vida, para estos dos grupos de campesinos.

"Incluso cuando estaba completamente sana, 'Azīza no era hermosa. Era alta y delgada, de nariz estrecha y larga, siempre con un pañuelo negro en la cabeza, la cara amarillenta, los ojos grandes, y en uno de ellos, un punto blanco de una antigua oftalmia. Pero no había sido siempre así, en otro tiempo fue una joven bonita, con buenas caderas, pelo, y pecho, que se pintaba los ojos y hacía sonar las chancletas para atraer la atención de los jóvenes. Así fue hasta que la casaron con 'Abd Allāh. Ella también conoció la víspera de la noche de bodas, con la alheña, la alegría y los desposorios, los regalos, y el agua caliente que le llevó la madre de su marido a la mañana siguiente. La luna de miel duró sólo una mañana, pues al día siguiente tuvo que ir al campo. Su marido no tenía tierra para cultivar, ni podía arrendarla. Trabajar al día, un día sí, y diez no, pendiente siempre de la temporada de emigración..."¹¹.

El autor no le deja a la protagonista de la novela ninguna posibilidad de evasión, y para que la situación de 'Azīza sea más agobiante, símbolo de todo el grupo al que pertenece, hace enfermar a su marido de un mal incurable, con lo que queda imposibilitado para trabajar. Ella resta como única responsable del cuidado de la casa y de la alimentación del marido y los tres hijos, que habrían muerto de hambre si no hubiera sido por la valentía y fortaleza física de 'Azīza.

La caída de esta mujer viene dada por la privación sexual a la que la ha condenado la enfermedad de su marido, por eso, cuando la viola el campesino Qamarayn, no reacciona con la rotundidad esperada en este caso, sino que se somete dejándose arrastrar por los acontecimientos. Aquí Yūsuf Idrīs ha puesto en juego cierta duplicidad, al tener en cuenta la privación de 'Azīza y su pasividad, para alejar así la inocencia del comportamiento de ella a los ojos de un posible lector partidario de la lapidación inmediata de toda mujer adúltera.

¹¹ Yūsuf Idrīs, *Ib.* p. 107-8.

Y todo para acabar condenando, a pesar de ambigüedades, los juicios apresurados.

De todas las maneras, el hecho no habría tenido mayor trascendencia -hay que remarcar la absoluta impunidad del agresor- si ella no hubiera quedado embarazada, con el agravante de que toda la gente sabía que era imposible que su hijo fuese legítimo. 'Azīza, por consiguiente, teme la condena de la sociedad, que no se hará esperar en cuanto se sepa de su embarazo, sin tener en cuenta justificaciones.

"Lo más horroroso del asunto estaba en 'Abd Allāh, que no se le había acercado desde que creció su hija Zubayda, y la gente lo sabía. ¿Qué iba a decir él y la gente? El no la iba a matar, pues estaba demasiado débil para hacerlo, y la gente tampoco podía. Pero que se enterase 'Abd Allāh y la gente era para ella mucho peor que la muerte"¹².

La reacción de la gente del pueblo cuando se encuentran al recién nacido muerto no se hace esperar, y se desencadena una terrible persecución para tratar de hallar a la culpable sin más¹³. Solamente cambian los sentimientos de la gente, cuando se empiezan a conocer con detalle las circunstancias de su caída, cuando su salud se derrumba a causa de la fiebre puerperal y del sentimiento de culpa que acaba matándola. El sufrimiento físico y moral de 'Azīza es lo que más conmueve a la gente que se solidariza con ella y, una vez saciada su curiosidad inicial, encuentran el caso más o menos justificable y lo ocultan a la policía.

Es de suponer que si ella no hubiera caído enferma y hubiera muerto, la reacción del resto de los personajes habría tenido que ser justamente la contraria a la presentada en la novela. No habría habido compasión, porque el autor del delito no debe escapar al castigo.

El escritor planteó la novela como el clásico caso del crimen perfecto, pues todos los pasos de la protagonista han pasado desapercibidos para la gente. Pero el crimen es demasiado grande para que quede sin un castigo ejemplar, que en este caso es el terrible sufrimiento que libera a 'Azīza de la culpa social, y después la muerte que la libera del complejo de culpa. En la primera edición de la novela, Yūsuf Idrīs puso un subtítulo en la segunda

¹² *Ib.* p. 114.

¹³ "The women victims in Modern Arabic fiction are often unconscious of the evil inherent in the taboos laid on women in traditional Arab society; they accept them as the normal law of life. One illicit act of sex often leads to the downfall of a woman", Salma Khadra Jayyusi, "Two Types of Hero in Contemporary Arabic Literature", *Mundus Artium*, X, n°1, University of Texas, Dallas, 1977, p. 46.

portada que decía: "Historia de una pecadora egipcia"¹⁴, con el que hacía una llamada, un tanto melodramática, a la atención del lector, obligándole a reaccionar en contra de una situación injusta, desde que abría el libro.

¹⁴ Fu'ād Dawwāra, *Fī-l-riwāya al-Miṣriyya* (Sobre la novela egipcia), Dār al-Kātib al-'Arabī, El Cairo, 1967, p. 82.